

## **Camaradas y compañeros. Una Historia política y social de los comunistas del Uruguay**

**GERARDO LEIBNER**

Ediciones Trilce, Montevideo, 2011, 632 págs.

Por Jaime Yaffé\*

Acompañando un fenómeno regional, en la última década se ha producido en Uruguay una verdadera explosión de los estudios sobre la “historia reciente”, una denominación que en general refiere al antes, el durante y el después de la dictadura que se instauró tras el autogolpe de estado presidencial de 1973. Entre 1989 y 2000 la producción académica no fue ajena a un entorno social en el que, tras la ratificación de la ley que consagró la impunidad de militares y policías acusados de graves delitos cometidos durante la dictadura, los sucesos ocurridos durante ese período quedaron fuera de la agenda prioritaria. De igual modo, los cambios que se produjeron en el tratamiento público de dichos sucesos a partir del año 2000 con la creación de la Comisión para la Paz, y más aun desde el año 2005 cuando la izquierda finalmente llegó al gobierno, ambientaron el giro de la historiografía, y en menor medida de la politología, hacia aquel pasado reciente.

Hacia fines de la década comenzó a hacerse notorio que el PCU, uno de los principales actores de aquel pasado, dada su condición de fuerza mayoritaria en la izquierda política y en el movimiento sindical durante los sesentas, estaba quedando fuera de la atención predominante de las investigaciones. En contraste, el MLN era el objeto de estudio más recurrente en la producción académica. Seguramente haya contribuido a este desbalance entre la realidad histórica y la investigación sobre ella, el sorprendente éxito que los tupamaros tuvieron como competidores de la política electoral, una vez que se incorporaron a ella tras su ingreso al Frente Amplio en 1989, Frente a la profunda crisis vivida por los comunistas desde 1992, el descollante desempeño electoral de los exguerrilleros impulsó el interés preferente que historiadores y politólogos mostraron por la historia del MLN.

Recién en el final de la primera década del siglo XXI, aparecen los primeros trabajos que comienzan a compensar ese desequilibrio. El libro monográfico de Marisa Silva (2009) *Aquellos comunistas* propuso una caracterización cultural del comunismo uruguayo entre 1955 y 1973. Al año siguiente Roberto Markarian y Ernesto Mordecki (2010) compilaron un libro biográfico sobre José Luis Massera, uno de los principales dirigentes comunistas desde 1955, en el que algunos historiadores contribuyeron con trabajos que inscribían el itinerario personal de Massera en la historia del PCU en esa etapa. Un año más tarde, en *Las tribus de la izquierda*, Ana Laura de Giorgi (2011) propuso entender a los comunistas como una sub-cultura de la izquierda de los sesenta, comparándola con las de socialistas y tupamaros. Finalmente en 2012 se publicarían los textos de Vania Markarian *El 68 uruguayo* - donde entre otras cosas se consideran las formas en que los comunistas influyeron y fueron afectados por las movilizaciones estudiantiles de aquel año - y de Adolfo Garcé *La política de la fé* - en que se propone una interpretación de la historia reciente del PCU a partir del peso decisivo que atribuye al factor ideológico y al sistema de creencias de los comunistas. Es en este contexto de producción académica sobre la historia reciente, y dentro de ella sobre el comunismo en particular, que se inscribe la publicación en el año 2011 del libro de Gerardo Leibner, historiador uruguayo de la Universidad de Tel Aviv.

---

\* Docente e investigador en el ICP-FCS-UDELAR.

*Camaradas y compañeros* es el resultado de un largo proceso de investigación, desarrollado durante once años. Probablemente la doble condición de investigador radicado desde la infancia muy lejos del Uruguay e hijo de viejos militantes comunistas permita explicar el interés de Leibner por un tema que no fue objeto de atención prioritaria de la comunidad académica local durante la mayor parte del tiempo en que desarrolló su estudio. Disconforme con las “narrativas existentes” se propuso realizar una revisión de la historia política del PCU “desde el ángulo de la historia social de sus militantes”. Este abordaje supone tomar al PCU no sólo como una organización de individuos ideológicamente orientados a la acción revolucionaria de la sociedad en que viven, sino además, como una organización fuertemente influida por los valores predominantes en el ambiente social en que actúan sus militantes. Para ello, postula a la “ideología social” como categoría de análisis que permite dar cuenta de algo más amplio que la ideología política. Se trata de las concepciones, percepciones e ideas que los individuos tienen acerca de sí mismos y de la sociedad a la que pertenecen. Como tal es el resultado de la combinación entre la ideología partidaria y los valores e ideas que predominan en la sociedad. A partir de este marco Leibner postula que la historia del PCU no puede interpretarse adecuadamente si no se presta atención a las dos dimensiones de esa relación partido-sociedad.

La obra se divide en dos partes que totalizan 22 capítulos. La primera se denomina “la era de Gómez (1941-1955)”, en referencia a quien fuera secretario general del PCU desde 1937. Aunque se concentra en el período que se abre con el abandono, tras la invasión alemana a la URSS en 1941, de la postura neutralista ante la guerra mundial entonces en curso, incluye un capítulo (el segundo) que se remonta a la adopción de los lineamientos aprobados por el IV Congreso de la Internacional Comunista celebrado en 1935 y llega hasta el fin de la guerra en 1945. En éste da cuenta del modo en que Gómez utilizó en su favor los sucesivos giros en la posición de los comunistas (en 1935, en 1939, en 1941) para deshacerse de otros dirigentes destacados y fortalecer su poder dentro del aparato partidario.

La mayoría de los siete capítulos de esta primera parte presentan una secuencia cronológica en la que Leibner se va deteniendo en la evolución del PCU a lo largo de cinco momentos dentro de la “era Gómez”. Antes del ya referido capítulo dos, en el que se considera el período 1935-1945, el primer capítulo del libro está dedicado a los años 1945-1946. A partir de una descripción detallada del acto de incorporación al partido de 39 intelectuales, celebrado en la explanada del edificio central de la Universidad de la República el 13 de diciembre de 1945, se analiza el importante rédito que el PCU supo obtener en las elecciones de 1946 de la participación soviética en la victoria aliada de 1945, no exenta de los enfrentamientos violentos con la policía producidos durante los festejos de la liberación de París frente al edificio del diario “El Día” en Montevideo a comienzos de mayo de 1945, suceso anticipatorio de los tiempos de la guerra fría. El tercer capítulo se consagra al trienio 1946-1948, cuando tras el frustrado “flirteo” con el presidente colorado Luis Batlle, el hostil ambiente de la guerra fría se va instalando en el país al tiempo que el PCU colabora al mismo reaccionando con una política de automarginación”. El capítulo cuatro se detiene en el trienio 1948-1950, pautado por la profundización del aislamiento político en el clima de profundo anticomunismo popular que se instaló en el país que, retroalimentándose con el proceso de “sectarización” de la organización y la “torpeza” de sus comportamientos políticos –ejemplificada en los violentos episodios provocados en el cine “Trocadero” de Montevideo en octubre de 1948, durante la exhibición de una película considerada agravante por los comunistas– culminaría en el fuerte retroceso verificado en las elecciones de 1950. El sexto capítulo se aboca al quinquenio 1951-1955 durante el cual habían convivido dos líneas; por un

lado, la predominante pauta por la profundización de las prácticas sectarias, coronadas incluso por actos que revelan una cierta inclinación hacia el culto de la personalidad de Gómez y la creación de aparatos secretos de seguridad personalizada en su hijo que ostentaba el cargo de secretario de organización; por otro, la tolerancia hacia cierta política de amplitud dirigida por algunos dirigentes sindicales en claro contraste con la desplegada por otros comunistas en el mismo ámbito, y la creación de ciertos espacios, sobre todo en el ámbito cultural, en el que algunos afiliados podían encontrar un "escape" a la opresiva dinámica cotidiana de la secta en que se habría convertido el partido.

Los restantes capítulos de esta primera parte se detienen en dos episodios concretos dentro de la secuencia recorrida en los ya reseñados: el quinto refiere a las "depuraciones" de 1951, punto clave en el proceso de sectarización y suceso ampliamente demostrativo de la "lógica perversa" en que se había sumido el PCU; el séptimo, que cierra la "era Gómez" refiere precisamente al apartamiento de la dirección partidaria de quien ocupaba el cargo de secretario general desde hacía 18 años, como resultado de una acción planeada en secreto que Leibner califica como "un golpe de partido", que con gran pericia narrativa describe cinematográficamente.

La segunda parte, la más extensa, aborda en 15 capítulos el período que se abre con el relevo de Gómez y su sustitución por Rodney Arismendi como principal dirigente partidario en 1955, llegando hasta el golpe de Estado de 1973. A lo largo de un capítulo cuya estructura combina la secuencia cronológica con el tratamiento de algunos aspectos que el autor considera particularmente relevantes, en esta segunda parte se reconstruye y analiza el proceso de desarrollo que hizo que el PCU se transformase al cabo de una década, pasando de ser una pequeña secta a constituir la mayor organización política de la izquierda uruguaya, con fuerte implantación y capacidad de incidencia en las esferas sociales y culturales.

Los capítulos 1 a 6 de "la era Arismendi" analizan diversos aspectos del desarrollo partidario en el período 1955-1958. En primero aborda los diversos componentes del "viraje" partidario de 1955, entre el relevo de Gómez en julio y la reunión del XVI Congreso del PCU en octubre al que no duda en calificar como "el más importante en la historia del PCU": la declaración programática en que se define el carácter de la revolución uruguaya (agraria antifeudal y antimperialista), la afirmación de la estrategia frentista, el cambio en las reglas y rutinas de la vida partidaria hacia adentro y del trabajo comunista en los frentes de masas hacia afuera. El segundo sigue los hilos de los "reacomodos ideológicos" en el período que va del XVI (1955) al XVII congreso partidario (1958), con especial atención a la recepción e impactos de los sucesos externos ocurridos en el mundo comunista en 1956. El tercer capítulo está dedicado al cambio en la política comunicacional del partido y lo que ello revela en cuanto a la nueva forma de relacionamiento con la sociedad, que significó la publicación a partir de 1957 del diario *El Popular*: su línea periodística mostraría no sólo a qué públicos y con qué mensaje se dirigían los comunistas, sino también en qué medida se veían penetrados por la cultura popular. El capítulo cuatro, se enfoca en la creación en 1955 de la nueva organización juvenil comunista (la UJC), cuyo desarrollo hasta 1971 evidenciaría otra expresión concreta de la nueva forma de trabajo y apertura adoptada en marco del "viraje". De igual modo el capítulo 5 está dedicado a los esfuerzos desplegados entre 1955 y 1958 para organizar a los trabajadores rurales, una fuerza clave en los postulados adoptados, pero que debió enfrentar severas dificultades derivadas tanto del profundo anticomunismo extendido en el medio rural como de la contradicción implícita en la estrategia comunista que pretendía una alianza con los pequeños y medianos empresarios agropecuarios al tiempo que promovía la

organización y lucha de sus trabajadores. El sexto capítulo ubica el accionar comunista en la coyuntura de 1958 como ejemplo de implementación exitosa de los lineamientos de trabajo sindical adoptados desde 1955.

Los capítulos 7, 8 y 9 están dedicados a tres aspectos del itinerario del PCU entre 1959 y 1962. En primer lugar, se analiza las dificultades en el despliegue de la línea de acción sindical que mostró flexibilidad y audacia para avanzar en el proceso de unificación sindical, al tiempo que experimentaba las dificultades que suponía la pretensión de asegurar la hegemonía comunista. En segundo lugar, se considera la actitud que el PCU observó ante el proceso revolucionario cubano, observando que si bien mantuvo la adhesión a la posición soviética en relación al tránsito pacífico al socialismo, elaboró una lectura continental del proceso revolucionario latinoamericano en la que se reconocían las peculiaridades y excepciones que debían considerarse. En tercer lugar, aborda los impactos de la ofensiva anticomunista de esos años y sus expresiones violentas, destacando que si bien el partido se puso en “estado de vigilancia”, no se apartó de la línea de amplitud y de la prioridad del “trabajo de masas” como había sucedido con anterioridad.

Los capítulos 10 a 13 de la segunda parte tratan sobre cuatro asuntos del período 1962-1967: las experiencias frentistas ensayadas en las elecciones de 1962 y 1966, avances parciales y a la vez fracasos en el intento de concretar la unidad de la izquierda; el desarrollo organizativo del PC concebido como “un partido de cuadros y de masas”, capaz de vanguardizar el proceso revolucionario en base a una elevada “educación ideológica” que debía compensar los efectos de una política de afiliación masiva; la emergencia de “desafíos desde la izquierda”, que sometió al PCU a la difícil tensión entre los “fastidios” que provocaban las críticas consideradas injustas o impertinentes y los “principios” que prescribían la apuesta a la unidad de las fuerzas revolucionarias; las “perspectivas revolucionarias” que se abrieron con la profundización de la revolución cubana por un lado y el recrudecimiento de la política imperial de Estados Unidos y el avance autoritario en la región por otro, lo que derivó en la convivencia contradictoria de “dos lógicas”, concretadas en la formación y desarrollo de un “aparato armado” y el continuado impulso al “trabajo de masas”.

Los dos últimos capítulos del libro, registran la actuación del PCU en el período 1968 y 1973. En el penúltimo se argumenta que la radicalización social y política, retroalimentándose con la reducción del espacio posible para la acción política democrática, habrían desgastado los lineamientos comunistas que apostaban a la difícil combinación entre movilización y contención. En el último, se hace foco en los éxitos, limitaciones e inconsistencias de la línea comunista entre 1970 y 1973, pasando por la formación del Frente Amplio en 1971 y llegando hasta el fracasado intento de evitar la instauración de una “dictadura fascista”; una derrota para la “previsión estratégica” que los comunistas habían afirmado desde 1955 y un rotundo desmentido al “optimismo revolucionario” que exhibieron incluso en las trágicas circunstancias del año 1972.

En un libro de contenidos tan variados, los aportes son muchos. Algunos han sido planteados a lo largo de la descripción del capitulado. A modo de balance general puede decirse que *Camaradas y compañeros* es una contribución mayúscula al conocimiento de la historia del comunismo uruguayo. Además de la gran masa de información documentada que aporta en general, incursiona en campos poco transitados como ser: la reconstrucción minuciosa del “golpe de partido” de 1955; el análisis de la prensa partidaria desde la perspectiva de la interacción con la cultura popular; la observación de las dos vías de la relación entre partido y sociedad; el señalamiento de contradicciones y ambivalencias en la línea partidaria.

Lógicamente, también se pueden señalar algunos aspectos controvertibles. El más general, es que la obra trasunta cierta cercanía con el objeto de estudio. Si bien no existe una medida exacta que resuelva la cuestión, lo cierto es que la reconstrucción propuesta resulta en términos generales validante de la línea arismendiana, aun cuando específicamente se señalan críticamente algunos problemas. En algunos tramos se vuelve difícil discernir la voz del historiador y la del sujeto historiado. Los impugnadores del PCU desde el propio campo de la izquierda no siempre parecen ser tratados en igualdad de condiciones. Los comunistas aparecen en ocasiones, en particular en los capítulos en que se abordan los años sesentas, como protagonistas más bien autoreferidos, y no tanto como parte de una izquierda plural en la que cada actor se constituía en relación a los otros, y en la que además de las diferencias notorias había importantes puntos en común.

Para cerrar reiteremos que, aun considerando ese apunte crítico, el avance que esta contribución significa para el conocimiento de un actor fundamental de la historia política y social del Uruguay en la segunda posguerra, hasta ahora muy poco estudiado, es verdaderamente enorme. Seguramente será muy difícil a los sigan por ese camino superar la magnitud del paso adelante que *Camaradas y Compañeros* representa en el contexto de producción que se describió al comienzo de esta reseña.